



"RECREO AL PASADO"

(VENTOS PARA IMAGINAR LA ÉPOCA
COLONIAL DE LA CIUDAD DE SAN LUIS

MA
Edi...

Emma Perarnau

fch
UNSL

“Recreo al pasado”
Cuentos para imaginar
La Época Colonial de la Ciudad de San Luis

Proyecto de Investigación:
“Memorias y Prácticas Educativas.
Del saber construido sobre el pasado local al material didáctico impreso”

Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional de San Luis

Perarnau, Emma Ester

Recreo al pasado : cuentos para imaginar la Época Colonial de la Ciudad de San Luis / Emma Ester Perarnau ; Estela Beatriz de Dios ; Graciela Beatriz Yañez. - 1a ed. - San Luis - Editor: María Celeste Domínguez, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-88-1321-9

1. Literatura Didáctica. 2. Cuentos Históricos. I. Dios, Estela Beatriz de II. Yañez, Graciela Beatriz III. Título

CDD A860

Proico 041216

Autora de los cuentos: Emma Perarnau

Autoras de texto histórico: Estela B. de Dios y Graciela B. Yañez

Ilustración de tapa: Martín Alejandro Salinas

Diseño de Tapa, Maquetación interior y Edición:

Ma. Celeste Domínguez (para MiTo Estudio)

1^{ra} Edición - Agosto 2021

Desarrollado en MiTo Estudio de Diseño

Naciones Unidas 1742 - San Luis cap. - Argentina

mariacelestedominguez@gmail.com

+ 54 9 2664 700688

ISBN 978-987-88-1321-9

Impreso en la República Argentina

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial, incluyendo fotocopias sin la autorización expresa del autor.

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| Introducción | 04 |
| • Noche para contar historias | 05 |
| • Tardecita calurosa | 08 |
| • Cotidianas del San Luis colonial | 12 |
| • Los sueños de Hilaria | 16 |
| • De procesión y de mulas | 19 |
| Contextualización histórica de los cuentos | 23 |
| La época colonial en la historia nacional. San Luis en el período | 25 |
| La ciudad de San Luis en la época de la colonia | 34 |
| Bibliografía | 43 |

Introducción

Los cuentos escritos por Emma Perarnau nos invitan a imaginar, recrear, ponerse en el lugar de los habitantes de la Ciudad de San Luis en la época colonial, al mismo tiempo que gozar de la experiencia literaria. Están escritos con la doble finalidad de disfrutar y educar. Deseamos sean un interesante aporte para acercar a niños, jóvenes y adultos al pasado más lejano de nuestra ciudad de San Luis.

“Recreo al pasado” es una producción autoral literaria de Emma Perarnau, con aportes teóricos sobre la historia local de Graciela Yañez y Estela Beatriz de Dios. La ilustración de tapa es de Martín Alejandro Salinas, a quien agradecemos su dedicación, su atenta escucha e incansable paciencia frente a nuestras sugerencias.

Más allá de la autoría formal, lo presentado en este libro es una producción reflexionada en forma conjunta por los integrantes del equipo de investigación del proyecto “Memorias y Prácticas Educativas”, a quienes queremos mencionar por sus generosos aportes para con esta presentación: Andrea Carolina Farías, Enzo Martín Vieyra, Cecilia Racca y Cecilia Adriana Gatica.

Finalmente, este libro no hubiera sido posible sin el creativo diseño y maquetado de Celeste Domínguez, quien casi... casi... es ya integrante de nuestro proyecto, por los años que lleva diseñando nuestros materiales didácticos poniéndole belleza a lo que producimos.

¡¡¡Que disfruten de este material!!!

Noche para contar historias

Autora: Emma Perarnau

Aquella noche tenía que ser especial.

Parecía que, finalmente, los niños podrían concretar el sueño de sentarse alrededor del fogón para contar historias imaginadas, y no tanto, de aquel San Luis de la Punta colonial, allá por el año 1700.

La madre había dudado por días sobre otorgarles permiso, pero la insistencia fue demasiada. Amelia, la hija mayor, junto a sus hermanos Avelino y Álvaro, no dejaban de suplicarle a la mujer hasta que accedió, pero con la condición de que hicieran un nuevo fuego en el medio del patio, ya que el fogón que se usaba para cocinar, no era para jugar.

Los tres hermanos prepararon todo antes del anochecer. Los varones buscaron cerca del corral de la burra algunos troncos cortados de Chañar y de Tala, que apilaban cada tanto, como parte de sus tareas después de que su padre volvía del monte con la leña.

Amelia sacó algunas ramas secas de Jarilla que colgaban de un tirante de madera adentro de la vivienda. Su madre las había guardado para preparar

algún ungüento resinoso curativo cuando fuese necesario, sobre todo para el pequeño Álvaro, que en sus travesuras terminaba casi siempre maltrecho por algún golpe. Y también, para que su padre lo utilizara como remedio veterinario para la burra o las cabras, cuando alguna piedra en el monte, les resentía las patas. Mientras, Avelino arrimó tres cueros de cabras que su padre había preparado para vender.

La magia de esa noche ya comenzaba a tomar forma y color.

Cuando la torre de leños y ramas estuvo equilibrada, el pequeño Álvaro le colocó abajo paja seca, tratando de que nada se cayera. Los cueros ya estaban acomodados en el suelo, esperando para ser usados como alfombras por los niños. Avelino y Amelia estaban listos para prender el fuego cuando su hermano menor los interrumpió:

-¡Esperen! ¡Esperen! - Álvaro, a los gritos, llamó la atención de sus hermanos.

-¿Qué pasa ahora? - preguntaron al mismo tiempo Amelia y Avelino.

- ¡Es que nos faltan los dulces! ¡Mamá! ¡Mamá! - llamaba el pequeño mientras corría hacia el interior de la vivienda - ¿Nos das frutos de Chañar?

-Solo por esta vez, porque nos quedan pocos - sentenció la mujer mientras elegía algunos de los frutos

guardados en un lienzo-. Hay que guardar por si se enferman del pecho y después hay que curarles la tos.

El niño abrió los ojos emocionado y juntó sus dos manos para recibir las pelotitas rojizas y dulces.

-¡Ya está, vamos a prender el fuego! - y salió corriendo de regreso al fogón, junto a Avelino y Amelia.

Los tres hermanos se sentaron sobre los cueros tirados en el piso para comenzar el ritual del fogón. Con cuidado, Amelia y Avelino prendieron el fuego friccionando en forma circular un palo resistente sobre un madero, hasta que la paja encendió y luego, las otras leñas también fueron cubiertas por el fuego.

Lo que tanto esperaron se hizo realidad.

La noche estaba perfecta para contar historias alrededor del fuego. Álvaro repartió los frutos de Chañar con justicia indiscutible. Amelia saboreó un fruto dulce con los ojos cerrados. Avelino, comenzó con el primer relato.



Tardecita calurosa

Autora: Emma Perarnau

-Guárdeme más chalas, madrecita, que se nos rompió la pelota. Hay que hacer una nueva - le pidió Avelino a su mamá.

-Y cómo no se va a romper, si la pobre es tirada de un lado al otro todo el tiempo - respondió la mujer al muchacho, mientras hilaba en telar, a la sombra de la enramada sostenida con palos-. ¿Y no ha visto a su hermanito?- agregó preocupada

-No, seguro que anda por el río con sus amigos- respondió Avelino.

-¡Pero ya le he dicho que es muy chico para andar solo por el río!- expresó preocupada su mamá.

-Y qué le va a pasar, si con esta sequía ni un hilito de agua trae.

-Lo mismo, m'hijo, vaya a buscarlo antes de que se haga más tarde- solicitó la madre.

-Que vaya Amelia, yo tengo que atar chalas para mi pelota- se quejó el muchacho.

-Amelia no puede andar sola por ahí, es una niña.

Además me está ayudando a hilar- explicó la mujer.

A regañadientes, Avelino, se ajustó el lazo que sostiene su pantalón para salir de la propiedad familiar. Comenzó a caminar hacia el río, bajo el sol abrazador de aquella siesta de San Luis de la Punta, allá por la primera década del siglo XVIII.

Balbuceando su enojo, el muchacho atravesó el centro de la aldea para dirigirse hacia el sur, donde estaba el río. Cruzó la Plaza Mayor y pasó por adelante de la Iglesia Parroquial mientras se persignaba, apurando el paso. El suelo terroso y caliente le quemaba los pies descalzos. Se arrepintió de no haberse calzado las ojotas de cuero que usaba para ir a misa los domingos.

Con mucho calor llegó hasta el río, venido a menos en esta época tan seca. Levantó los brazos haciendo señas a su hermano menor, gritando con fuerza el nombre del niño:

-¡Eh, Álvaro! ¡Álvaro!

Corrió hacia su hermano que estaba metido en el río, y que, como el agua le daba a los tobillos en los lugares más profundos, en realidad no corría ningún riesgo. El niño estaba absorto, junto a sus amigos, tratando de buscar renacuajos entre las piedras y el musgo pegajoso que ya daba feo olor.

- ¡Es que no me escuchas Álvaro!- Le gritó Avelino a su hermano mientras le tironeaba el hombro.

- ¡Ah! ¡Hola hermano! ¿También viniste a pescar renacuajos?- le preguntó Álvaro a su hermano mayor-. Lástima que haya más musgo que agua.

-Vine a buscarte, nuestra madre quiere que terminemos de limpiar el corral de la burra, hay que unir con tiras de cuero las partes rotas o arreglar con ramas- respondió Avelino.

-Pero hace mucho calor y me quiero quedar en el río. Ni ganas tengo de volver a casa. ¿Para qué? Seguro que me ponen después a ayudar a nuestra hermana Amelia a recolectar zpallos de la quinta- se quejó el pequeño.

Pero a pesar de las quejas y el desgano, los dos niños regresaron a su vivienda, el mayor empujando de vez en cuando al menor, que buscaba excusas para no avanzar.

-¡Por fin llegó el mocito! No, si hay que ir a buscarlo para que venga a colaborar a la casa- expresó a modo de regaño la mujer, al verlos llegar.

Pero el enojo de la madre no duró mucho. En realidad, ella estaba esperando a los niños con una cantidad importante de hojas de chala y tiras muy finas, algunas de cuero y otras de hilos trenzados. El padre, que acababa de terminar sus tareas en este día tan caluroso, también se acercó a tomar agua y comer algo de queso de cabra y pan. Amelia, dejó de trenzar su cabello y se sumó al grupo familiar.

Los niños comenzaron a confeccionar pelotas de hojas de chala, entre risas y charlas, a la sombra de una enramada. Primero, arrugaban una sola chala hasta que tomara la forma de una esfera. Después, comenzaban a envolverla con otras chalas, mientras las ataban para sujetarlas. A pesar del calor de la tarde en aquel San Luis colonial, el día resultaba entretenido para un niño inquieto y ocurrente como Álvaro.



Cotidianas del San Luis colonial

Autora: Emma Perarnau

Mientras el sol le pedía permiso a la noche para asomarse en aquel amanecer de agosto de 1710, Niceto, sin prisa, abrió la puerta de su vivienda con la intención de anticipar cómo se presentaba la mañana. Al trasponer el humilde umbral construido con madera de caldén, ya sin estar limitado por la estrechura de los muros de barro, por fin pudo desperezarse a sus anchas inspirando con fuerza el aroma a tierras puntanas.

El día en que le entregaron el lote ubicado a cinco cuadras de la Iglesia Parroquial y de la Plaza Mayor, precisamente cuando pasó de simple poblador a propietario, gritó de alegría junto a Felicia, su compañera. Ambos sabían que no sería fácil trabajar un solar como es debido, pero le pondrían el hombro sin dudarlo, ya que la idea de tener terruño propio, hasta este momento, solo les había rondado por la cabeza como una posibilidad muy lejana. Lo primero que hizo Niceto esa mañana fue caminar hacia el pozo y cargar agua en el rústico balde de madera para lavarse al menos la cara y así, poder abrir los ojos con normalidad.

Es que desde hacía unos días, la tierra se le metía sin permiso irritándole la mirada. Y aunque las manos curtidas y resquebrajadas no le dolieran de tanto usarlas, con los ojos era distinto.

Pudo percatarse de que la jornada se presentaba fresca y ventosa, ya que el viento que proveniente del sureste se mostraba empecinado de cruzar el caserío dirigiéndose hacia el oeste, como si este fuese un mandamiento obligado. Así que el hombre fue en busca de su poncho, con más agujeros que trama firme, pero que lo mismo servía para abrigarlo. También se colocó un pañuelo por debajo del sombrero gastado, como para aminorar la tozudez del viento que seguía arremetiendo contra su cuerpo levantando más y más polvareda, mientras caminaba hacia el gallinero para levantar los huevos recién puestos. Cuando se cercioró de haberlos acomodado cuidadosamente en un lienzo grueso y sucio, armó un atado dejándolos listos para llevarlos en un rato a la casa. Después, sacó de a puñados granos de maíz del atado que los contenía y comenzó a alimentar a las ponedoras, mientras las nombraba una por una, ya que las había bautizado, como se merecía cualquier criatura de este mundo.

Niceto se hizo de un momento para levantar la vista y ver cómo el sol ya marcaba su presencia con todo su esplendor. Luego de restregarse los ojos, sonrió al

confirmar que sería un lindo día para trabajar porque además, las calandrias y los zorzales ya cubrían el aire con su canto.

Decidió revisar la huerta antes de que el astro apretara más, ya que el aumento de temperatura de su cuerpo en movimiento hizo que se desprendiese del poncho, aunque el viento todavía permanecía sin señales de amenguar. Después de limpiar la tierra de yuyos rastreros y traicioneros con el azadón que construyó con la madera sobrante de la puerta, buscó los únicos dos baldes de madera de tala que tenía. Se acercó nuevamente hasta el pozo para llenarlos y comenzar a regar el sembradío. Esta mañana se descubrió algo desordenado para hacer el recorrido por la chacra, pero sin prestar demasiada atención a la rutina no cumplida, siguió con su trabajo.

Ya adelantada la alborada, Niceto había revisado y arreglado con nuevos palos el corral de la única cabra de su posesión, ya que tardíamente se había dado cuenta que no había resultado el primer corral que construyó con quinchas de jarilla y pajonales, porque la voracidad de la cabra se alimentaba de ellos, destruyendo así el cercado. Se acordó entonces de que pronto tendría que fortalecer también el cerco perimetral del solar, viendo que algunas enramadas estaban perdiendo estabilidad entre tanto animal

suelto que transitaba por el incipiente y rústico pueblo, sobre todo, los caballos y el ganado que se dispersaba cuando se distraían sus dueños carreteros.

Cerca del mediodía la voz de Felicia lo convocó a beber agua y a alimentarse con algo de pan y queso de cabra, para mantener las fuerzas, según ella. Así que Niceto se dirigió hacia la casa levantando tanta tierra con sus pasos como esta mañana bien temprano, y a estas alturas, el cuero sobado de las botas de potro que intentaban cubrir sus pies, gastado de tanto ir y venir, ya no se diferenciaba del polvo.

La mujer ya tenía todo preparado, se había vestido con su mejor ropa confeccionada con sus propias manos de aquel lienzo apodado bayeta, porque como buena devota, deseaba estar lista para participar en horas de la siesta de la celebración religiosa programada, donde una vez más le pediría al santo el hijo que se tardaba en llegar.

El viento aparentaba estar aflojando, pero ahora a Niceto no le importaba porque de ninguna manera se salvaría de la procesión ya instaurada por la Orden Dominicana, en el San Luis colonial.



Los sueños de Hilaria

Autora: Emma Perarnau

Hilaria hila sueños durante la siesta, mientras se trenza el cabello bajo la sombra que proveen las pajas sostenidas y atadas con tiras de cuero a los cuatro palos de quebracho plantados por su padre, al lado del fogón donde cocinan. Es que el verano puede llegar a ser muy severo, sobre todo cuando hay tanto por hacer en tiempos de sequía, cuando el agua escasea en la chacra. Advierte que la batea donde la almacenan está medio vacía, sabe que debe avisarle a su padre para que este vaya a comunicar a las autoridades que, por las acequias cercanas, no está fluyendo el líquido tan necesario. No es la primera vez que algún vecino poderoso decide por el agua de los demás, rompiendo el acuerdo de compartirla en comunidad.

La noche en que su mamá dio a luz al sexto hijo, ya no pudo resistir la rudeza de esta vida e Hilaria, como la mayor, no tuvo de otra que hacerse cargo de la crianza de sus hermanos y del trabajo de casa. Muchas veces ella siente que la vida es dura en San Luis de mediados del siglo XVIII, sobre todo para una jovencita de trece años.

Ve a su padre ir y venir del monte trayendo leña de caldenes y de talas cargándola sobre sus espaldas y acomodada en atados desprolijos, hechos con tiras de cuero, cuando no lleva a la burra con él. En aquella ocasión en que el hombre consigue cazar algunas palomas del medio o perdices, el festín se torna interminable entre las risas de los niños, quienes finalizan la ingesta chupándose los dedos además de los huesillos de las aves, y su propia satisfacción y alegría.

Al menos, su progenitor y su hermano Calixto, de solo diez años, se ocupan de las tareas más pesadas de la chacra. Desde temprano en el día se dedican a sacar la mala yerba que intenta asfixiar las hortalizas, dar de comer a las gallinas y cuidar de la burra que deambula tras su cría por el solar, sin pedir permiso. Desde hace meses la familia espera con ansias la cosecha del maíz, así la jovencita y sus hermanas pequeñas podrán saborear los deseados guisos de mazamorra caliente, servidos con la única cuchara grande de madera que hay en la casa, en las mejores chalas que hasta entonces envolvían las mazorcas blancas, elegidas ahora para que cumplan la función de recipiente.

A Hilaria le cabe también estar atenta para encontrar el momento propicio para ordeñar la burra antes de que deje de producir leche, por eso se apura en asir el balde de madera y lograr con paciencia que el animal se deje. Entre tarea y tarea, piensa y sueña que quizás, si pudiesen

concretar el trueque de estos dos borricos por una vaca, tocarían el cielo con las manos, pues tendrían leche fresca para todos los días del año. Y con la leche y los huevos y la harina que hipotéticamente almacenen, procurando que no sea invadida por gorgojos; sus hermanos ya no pasarían hambre y a ella no la cansaría trabajar tanto.

Piensa y sueña además, que tal vez les alcanzaría para hacer una puerta de madera a la ajustada vivienda de barro y techumbre de paja seca, sacando de una vez por todas, el cuero que cubre la abertura. Lo único bueno, seguía pensando y soñando Hilaria, es que los jabones que logra elaborar con la leche de la burra, hacen que sanen más rápido las resquebraduras de sus manos y de su rostro. Ella ya se ha dado por vencida de tratar de sanar sus pies descalzos, demasiado curtidos y ásperos para habitar en el cuerpo de una niña.

Y como Hilaria piensa, sueña y aprende, antes de que el sol se ponga, y la oscuridad cerrada de la noche irrumpa en la aldea, cambia algunos jabones por yuyos para curar los males, a una india que sirve a la doña que vive en una de las casas ubicadas alrededor de la Plaza Mayor. Y tal vez hasta podría evitarse hilar, tejer y además remendar la gastada blusa que viste o las camisetas de sus hermanos; si la dama acomodada, además, le llegase a ofrecer a cambio algo de ropa desechada como pago.



de procesión y de mulas

Autora: Emma Perarnau

De pronto, el ruido espantó las calandrias, los tordos y algún que otro cardenal que tímidamente se estaban acercando al pueblo más pobre que existía en la región cuyana. Es que la carreta que venía del este conducida por Juan Melchor González y construida con madera de quebracho, se desplomó violentamente al desprenderse del eje una de las ruedas enlantadas con cuero crudo, justo cuando estaba por ingresar a la calle principal de la aldea en busca de las acequias de riego. Estos canales nacían en la zona de El Bajo, específicamente del Río Seco y llegaban a atravesar la Plaza Mayor dirigiéndose hacia el norte para proveer el Estanque Real. El acomodado viajero pretendía darle descanso a la recua de mulas con la intención de seguir viaje cuanto antes para Mendoza, pero la rotura del transporte lo impidió.

En aquel tiempo, por el año 1730 de la época de la colonia, San Luis, sin apuro de crecer, era útil solo para ser tránsito de los carreteros que, acompañados por algún indio, mestizo o esclavo negro que les servía, se dirigían desde Tucumán o Buenos Aires a Mendoza o Chile. En

algunas ocasiones este movimiento molestaba a los vecinos principales de la aldea, los cuales eran hijos o nietos de los españoles fundadores o de los encomenderos, y cuyas viviendas se establecían en las manzanas que rodeaban la Plaza Mayor y la Iglesia Parroquial, ya que la pobreza del lugar todavía no permitía que el Cabildo tuviese edificio propio.

Si los de paso andaban con suerte, capaz que algún habitante de esta tierra seca y fría en la época invernal, los invitara a disfrutar de un trago de aloja, la bebida alcohólica preparada con molle dulce o con algarrobo, muy popular en el pueblo.

Pero este no fue el caso de Juan Melchor González, que tuvo que conformarse con el agua turbia que corría por las acequias al igual que los animales, al mismo tiempo que el sonido de la campana de la Iglesia cumplía con la tarea de convocar a los feligreses. Las mulas decidieron seguir bebiendo por el momento, aunque sus torpes cuerpos inquietos emitieron fuertes relinchos entrecortados ante el tañido ensordecedor del objeto con forma de copa invertida.

Entre protesta y protesta por haber tenido que dejar la carreta tirada por ahí, el hombre emitía órdenes a sus dos sirvientes indios, aunque estos no parecían tener apuro en cumplirlas. Es que nadie salía en su auxilio y tenía urgencia por continuar hacia el oeste para cerrar algunos negocios.

En la Plaza ya se estaban congregando los vecinos para honrar la fe con la procesión del Corpus. Cuando ya casi todo estaba listo, dos jóvenes se colocaron adelante, sobre el camino y frente a la Iglesia, llevando sobre los hombros el gastado ostensorium heredado de las tierras españolas, hecho de oro y con forma de sol. Atrás se ubicaron el cura, que sostenía el incensario provocándole movimientos pendulares y unas pocas decenas de hombres, mujeres y niños que, en orden y en silencio, lo seguían. El aroma que emitía el braserillo fue de a poco cubriendo el hedor propio del lugar. Entonces, el religioso dio la orden de hacer sonar la campana varias veces, con la intención de comenzar con la ceremonia litúrgica en solemne latín.

Pero fue ahí cuando el desorden reinó.

Los animales viajeros dejaron su descanso para salir desbocados, arrojando a sus cuidadores y a su dueño Juan Melchor González, por el suelo; exhalando aún más relinchos lastimosos, ciegos de susto y de miedo. Algunas mulas arremetieron contra los vecinos convocados en la Plaza propiciándoles golpes. Otra atravesó el cerco de jarilla que delimitaba el solar del vecino más cercano, ingresando bruscamente para pisotear la huerta y una que otra gallina. La más asustada enfiló hacia el Camino del Rey para perderse en el monte.

Por fin, de a poco volvió la calma.

Las mulas que aún permanecían dentro del ejido principal de la aldea, comenzaron a tranquilizarse. Todavía el polvo levantado no permitía ver nada, solo se escuchaban lamentos adoloridos mientras los vecinos caídos trataban de ponerse de pie. Los niños comenzaron a recoger del suelo los elementos desperdigados por el embate equino, uno a uno, fueron levantando sombreros, chales, ponchos, ojotas y alguna que otra mantilla de encaje, perteneciente a alguna doña del pueblo.

Todas las miradas estuvieron dirigidas al dueño de las mulas.

Sin dudas, no fue un buen día para Juan Melchor González. Mala coincidencia resultó eso de juntar mulas irascibles de tanto andar en tierras agrestes, con devotos religiosos. Las autoridades a cargo del Cabildo, a pedido de los vecinos perjudicados, decidieron cobrar una abultada multa con la intención de que no quedaran sin castigo los males ocasionados a la aldea por tan brutos animales. Se le impuso entonces al responsable del daño una fianza importante, dejándolo en libertad para seguir camino cuanto antes hacia su destino final, Mendoza.

Eso sí, las mulas y los indios amansados quedaron retenidos hasta nuevo aviso.



CONTEXTUALIZACIÓN HISTÓRICA DE LOS CUENTOS

LA ÉPOCA COLONIAL EN LA HISTORIA NACIONAL SAN LUIS EN EL PERÍODO

Autoras: Estela B. de Dios – Graciela B. Yáñez

Introducción

La ciudad de San Luis, como todas las ciudades, guarda en su traza y en su arquitectura testimonios de su pasado. Muchas ciudades conservan edificios, sitios, objetos... que dan cuenta de la historia desde la fundación, como particular manera de generar procesos de identidad con el lugar y transmisión de la historia de generación en generación. La ciudad de San Luis carece de edificios que testimonien el tiempo de su fundación y la época colonial (cuando estos territorios eran parte de la colonia americana de España). También carece de acta de fundación pues se desconoce su paradero. Este hecho marca una impronta particular para la historia local: no se puede determinar con certeza fecha y sitio de fundación.

Para los españoles se consideraba fundada una ciudad cuando se firmaba el acta de fundación: "(...) el acta de fundación representa un hecho, la constancia de la acción realizada, no se trata de proyectos, de un querer hacer, que puede o no cumplirse (...) El acta de fundación da consistencia a la acción proyectada y confirma un hecho: puede ser que la ciudad fundada mude de lugar o termine por despoblarse y desaparecer, pero ese cambio no invalida la acción ni disminuye el valor del acta de fundación como probatorio de una realidad" (Domínguez C., 1977: 19). San Luis no tiene acta de fundación aunque se sabe que la ciudad mudó su lugar inicial

varias veces por varios motivos. El historiador Néstor Menéndez considera que se da inicio formalmente a la Ciudad de San Luis cuando se procede a demarcar la plaza de armas - actual Plaza Independencia- y se distribuyen los espacios para los edificios que la circundarán, además de las manzanas aledañas para las familias tradicionales. "La plaza mayor es la plaza principal de algunas localidades en el urbanismo castellano e hispanoamericano. Particularmente en América, reciben el nombre de plaza de armas. (...) se utilizó, además del de "plaza mayor" el de "plaza de armas", debido a la prevención de utilizarlas como principal punto de reunión en caso de un ataque, por lo que, además de los principales edificios públicos (...) alojaban arsenales o guarniciones de armas. (...) Las funciones urbanas que cumplían las plazas mayores, además de la original de mercado, se ampliaron a la de espacio político (con la ubicación de edificios municipales) y espacio de festejos y solemnidades (...) plasmándose un modelo clásico de la ciudad colonial hispanoamericana que Jorge Enrique Hardoy resume como:

Traza en forma de damero, repitiendo elementos, cuadrados o rectangulares.

La plaza era un elemento más.

Alrededor de ella eran construidos la Gobernación, el Ayuntamiento y la Iglesia.

Los lados de la plaza poseían arcadas.

Frente a las demás iglesias se dejaba una plazoleta.

La Ciudad de San Luis no conservó la edificación original construida alrededor de la actual Plaza Independencia. De este

modo, resulta muy dificultoso acceder a un pasado lejano, del cual no se cuenta ni con la documentación ni con la edificación original que dio origen a la ciudad.

A partir de esta situación, como proyecto de investigación que busca profundizar en el conocimiento histórico de la Ciudad desde la perspectiva de la memoria colectiva, la ausencia de testimonios físicos sobre el origen de San Luis, nos impulsó a buscar otros recursos para indagar en ese pasado lejano. De este modo, nos propusimos trabajar desde la imaginación histórica para generar en los sujetos involucrados (niños, jóvenes, adultos y adultos mayores) la empatía histórica.

La Imaginación Histórica es uno de los instrumentos de la narración histórica que ayuda a poblar los huecos que deja nuestro conocimiento de la historia. No hace referencia a los sentimientos de fantasía de las personas sobre el pasado (la pura imaginación) sino a una disposición clave para dar sentido a las acciones y evidencias históricas. El uso de la imaginación histórica pretende dotar de sentido a los acontecimientos históricos a través de la empatía y la contextualización. Podemos viajar en el tiempo con la imaginación histórica, como instrumento útil y necesario del pensamiento histórico como pensamiento creativo.

La Empatía Histórica es un concepto que hace referencia a capacidades para imaginar “cómo era”, para comprender las actitudes o motivaciones de los actores del pasado. Los sujetos que habitaron el pasado no sólo tenían diferentes formas de vida, también tenían experiencias, actuaban de acuerdo con diferentes normas y sistemas de creencias. La empatía refiere a ponerse en situación de los “otros” del pasado, mirando las cosas desde su punto de vista. Es entender a esos “otros”, aunque no se comparta los posicionamientos frente a la vida y el

mundo. Nuestra intención es dar sentido al pasado, recreando e imaginando la situación a través de la comprensión empática.

El ejercicio de Imaginación Histórica y de Empatía Histórica requiere la comprensión del contexto del pasado en el cual sucedieron los hechos, así como también de las actitudes de la gente que vivió en el pasado.

Datos históricos del período

Según Halperin Donghi la parte del continente americano conquistado por España y Portugal, pasó por dos pactos coloniales: el primero, a partir del momento que la corona española coloca bajo su dominio a territorios del nuevo continente; el segundo, a partir de los procesos de independencia y la nueva ubicación internacional de los incipientes países en relación de dependencia con la economía inglesa. De este modo, Halperin Donghi describe el proceso de conquista y colonización del continente americano por parte de los españoles y portugueses, a partir de 1492, como PRIMER PACTO COLONIAL. Este “primer pacto colonial” se hizo en el marco del concepto de colonia de la época: ocupación y dominación de los territorios por medio de la acción militar, bajo la idea de una superioridad racial y cultural sobre las poblaciones nativas. Los territorios conquistados pasaron a formar parte del sistema político-administrativo de la metrópoli, por lo cual sus riquezas productivas fueron propiedad de la corona.

Administrativamente las colonias españolas en América estaban divididas en: virreinos, capitanías generales y gobernaciones. Los virreinos eran gobernados por un virrey, quien fue el representante directo de la Corona, y tenía a las

capitanías y presidencias bajo su autoridad. En el siglo XVI se establecieron en América dos virreinos: el de Nueva España o México (1535) y el de Perú (1544); en el siglo XVIII se incorporaron otros dos: Nueva Granada (1717) y el Río de la Plata (1776). El virreinato fue la máxima expresión territorial y administrativa que existió en las colonias americanas y estuvo a cargo del Virrey, quien ejercía la máxima autoridad colonial. Las capitanías generales fueron territorios dirigidos por un jefe militar que desarrollaba el poder civil y judicial. Durante la Colonia eran cuatro capitanías generales: Santo Domingo, Guatemala, Venezuela y Chile. Las capitanías generales se establecieron en aquellos territorios en los cuales la amenaza indígena era constante. Por último, las gobernaciones eran gobiernos creados en territorios ya pacificados, que generalmente fueron otorgadas al jefe de las tropas conquistadoras. El gobernador gozaba de atribuciones de gobierno y justicia, tenía autoridad para encomendar o repartir indígenas y tierras, poseía la jefatura militar y se beneficiaba de los productos de la región a su cargo.

En este esquema administrativo, la actual región cuyana (incluido San Luis), dependía de la Capitanía General de Chile.

El concepto de riqueza de los primeros siglos del pacto colonial (XV y XVI) se basaba en la acumulación de metales preciosos, tal cual lo planteaba la Teoría Mercantilista propia de la época. Las zonas de América que tenían la riqueza codiciada, sufrieron la acción devastadora de la conquista y la destrucción de la organización política de las poblaciones indígenas.

La expansión de Inglaterra, producida principalmente por la Primera Revolución Industrial, provocó cambios en las relaciones comerciales y productivas de América. Buenos Aires - en el dominio español- que hasta entonces constituía parte de la

periferia de las colonias, comienza a ocupar otra posición en la nueva red comercial. Asimismo, la pampa húmeda y templada comienza a perfilarse con potencialidades de producción primaria fácilmente articulables con las demandas del mercado capitalista. Según el concepto de Halperin Donghi, comienza a gestarse el SEGUNDO PACTO COLONIAL. Y como dice Pavón Pereyra, esta situación produjo un cambio en la lógica del mercado: “La dinámica del mercantilismo lleva como objetivo prioritario la expansión del mercado, siendo el comercio el sector activo y fuente de productividad, ganancias y acumulación del capital. Por lo tanto, la dinámica está en el comercio exterior, en la exportación, siendo la diversidad de los productos exportados el factor preponderante del desarrollo de una nación o de una región” (Pavón Pereyra y otros, 1993:38)

La creación del Virreinato del Río de La Plata (1776) y la Sanción del Reglamento del Libre Comercio (1778) culminan este proceso y transforman los circuitos comerciales coloniales. Buenos Aires fue lentamente consolidando su predominio sobre Lima (capital del Virreinato del Perú, al cual pertenecían anteriormente los territorios que luego formarán el Virreinato de la Plata), ya que los productos europeos entraban por Buenos Aires abaratando así sus precios. El otro polo hegemónico de la economía colonial lo constituía Potosí. El actual interior de nuestro país se convirtió entonces en una zona de tránsito entre Buenos Aires y Potosí (actual Bolivia) ya que buena parte de los metales preciosos que se producían en Potosí se exportaban ahora por Buenos Aires. Esto dio lugar a un gran desarrollo de la actividad comercial y otras relacionadas a ella como la cría de mulas y la fabricación de carretas¹.

1 Para mayor información consultar Urbano J. Núñez (1980) “Historia de San Luis”.

La creación del Virreinato modificó la pertenencia administrativa de Cuyo y de San Luis, dejando de depender de la Capitanía General Chilena para integrarse al nuevo Virreinato como parte de la Gobernación-Intendencia de Córdoba del Tucumán. “Sin embargo continuaron las relaciones comerciales con Chile, adonde San Luis enviaba sus ganados y traía en cambio mercaderías para abastecer sus negocios. No obstante el difícil tránsito por la cordillera, este camino ofrecía más seguridades que el del litoral, expuesto a los frecuentes malones de los salvajes.” (Gez, 1996:42)

La economía puntana se inscribió dentro de las regiones que desarrollaban actividades que satisfacían el consumo interno. Su característica sobresaliente fue ser una economía de subsistencia constreñida al mercado local a través de la actividad agropecuaria y una incipiente producción artesanal.

El cultivo principal fue el maíz, también el cultivo del zapallo y del higo. Secundariamente formaban parte de la economía puntana los cultivos de sandía, melón, duraznos, manzanos, nogales, granados, membrillos y ciruelos, perales, guindos, olivos, sauces, almendros y damascos. Otro aspecto importante fue la actividad vinculada a la madera.

Durante el funcionamiento del Virreinato del Río de la Plata, como se dijo, San Luis continuaba siendo lugar de paso de carretas y ganado pero hacia y desde Chile. “El comercio de exportación lo hacían (...) unas veinte personas. El tránsito por los caminos de la jurisdicción de San Luis, era, más o menos, de unas treinta tropas de carretas por año, a las cuales se les imponía el pago de dos pesos por cada una. Se calculaba en mil cabezas de ganado vacuno las que se exportaban y en dos mil las que pasaban por su jurisdicción; en mil quinientos el ganado

menor de exportación, entre cabras y ovejas, y en quinientos, el caballar y mular.” (Gez, 1996: 43)

Urbano J. Núñez (1980), describe las vaquerías² como actividad muy importante en la provisión de ganado cimarrón para el comercio con Chile, Cuyo y el Litoral. Generalmente encargadas por gente rica de Chile, Mendoza, San Juan y Córdoba, pero bajo la responsabilidad de un vecino de San Luis. Sin embargo la cría y la internada, particularmente en la zona de la actual Carolina -actividad preferida de don Luis Lucio Lucero- contribuían a la producción y en torno a su comercio se instruían y pedían medidas proteccionistas.

En 1782 se crearon las Intendencias en el Virreinato, separándose Cuyo de la provincia de Tucumán y anexándose a Córdoba; siendo la capital esta última ciudad situada sobre el camino directo del Perú. San Luis quedaba así conectada, por relaciones comerciales y administrativas, con ambas vías: la de Perú y la de Chile, pero siempre desde una posición periférica y caracterizada por la pobreza.³

El descubrimiento de las minas de oro en San Antonio de las Invernadas (hoy Carolina) movilizó en parte la actividad económica, la apertura de caminos y el tránsito con Potosí y Chile donde se hacían las pruebas y las monedas respectivamente.

En tiempos de Sobremonte “(...) pasada la floreciente época de las vaquerías, los ganados mayores y menores continuaron siendo la principal fuente de recursos de los habitantes de San Luis (...) En las últimas décadas del siglo XVIII la Punta mantenía un activo comercio con las provincias

2 Vaquerías: conformación de tropas de ganado cimarrón, es decir, ganado salvaje o montaraz.

3 Para mayores detalles, ver J.W. Gez, (1996) Pág. 44.

límitrofes basado principalmente en su producción ganadera” (Nuñez, 1980: 91)⁴. Córdoba compraba mulas. Mendoza, San Juan y La Rioja vacas y novillos y las dos últimas lanares enviados desde las estancias del Norte.

La producción de tejidos artesanales elaborados exclusivamente por mujeres en telares familiares era comercializada por mercaderes volantes a Buenos Aires, Córdoba y Mendoza. Los tejidos como bayetas, picotes, frazadas y ponchos⁵ eran de características sencillas, rústicas y estaban destinados sobre todo a la demanda de los sectores populares. “Los ponchos de las tejedoras diseminados por todo el terruño eran muchas veces comprados en su totalidad por comerciantes de San Luis (Don José Daract fue uno de ellos) y luego vendidos en Buenos Aires y Chile. De esas grandes cantidades de ponchos recogidos en mulas por los peones se cree que deriva la palabra “ponchada”. (Nuñez, 1980: 94)

San Luis recibía de las regiones andinas vecinas: vino, harina, aguardiente, higos secos, arropo, conserva de membrillo, charque de tomate, poroto, trigo, maíz (estos tres cuando la producción local no alcanzaba). De Salta y Buenos Aires (esto último vía Córdoba) recibía productos manufacturados ultramarinos, tales como telas, cintas, pañuelos, hilos; botones de nácar, metal, vidrio y huesos, medias de seda, guantes, herramientas, loza, sombreros, catecismos y rosarios. Y también productos regionales como: ollas, fuentes, cajas, cofres.

4 Con la expresión “provincias límitrofes” se refiere a ciudades cabeceras.

5 La bayeta es una especie de tejido de lana muy flojo y ralo de ancho de dos varas (poco más de medio metro). El Picote es una tela áspera y basta de pelo de cabra.

LA CIUDAD DE SAN LUIS EN LA ÉPOCA DE LA COLONIA

La ciudad de San Luis de la Punta, que dependía jerárquicamente de la ciudad capital de Cuyo – Mendoza- fue fundada teniendo en cuenta su situación topográfica con relación a la Punta de los Venados como una posición de avanzada y lugar de “*dormida* o paradero a la vera del camino” que unía a Chile y Cuyo con el Tucumán y el actual litoral.

Si bien se ha afirmado que hubo intentos de trazar y poblar el sitio destinado a la ciudad de San Luis de la Punta en los años 1594 y luego en el año 1643, esto no se hizo efectivo hasta fines del año 1600. El problema del agua- su exceso por continuas “crecientes estivales” en el Bajo, sitio de la primera fundación o la falta de ella en El Talar, zona elegida “en la que los vecinos y moradores pudiesen sustentarse con mayor comodidad” para la segunda – quizás fue una de las razones para que los pobladores optaran por radicarse en los valles serranos aledaños. Según los historiadores, entre ellos Gez y Menéndez, no más de una docena de familias vivían en la zona de la Punta, en cambio los valles serranos estaban cubiertos de estancias por lo cual fueron muchos los intentos de “obligar” a estos pobladores con multas si no construían las viviendas para residir permanentemente en el sitio destinado por las autoridades⁶.

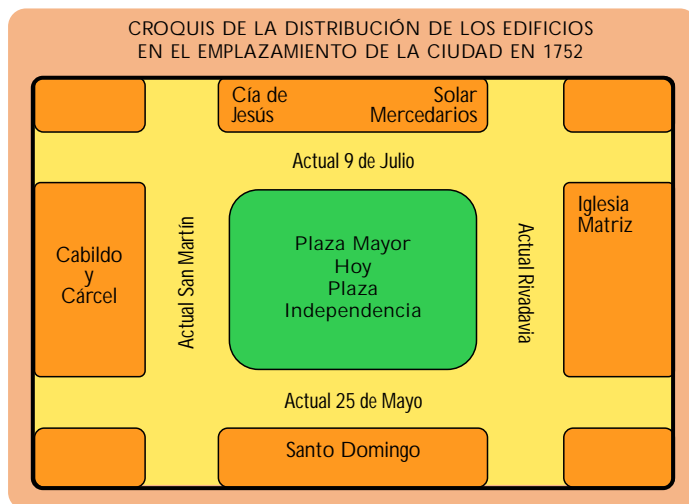
Desde mitad del siglo XVII -tal como afirma Menéndez- algunos españoles y criollos se fueron ubicando a la vera del camino que unía Mendoza con el Tucumán, ruta de carretas por las que circulaba el intercambio de mercaderías, ganado vacuno, caballos, madera y viajeros. Pero es a partir de la visita del

⁶ Según relata Gez, en 1636 el Cabildo dispuso que todos los moradores después de concluir sus tareas en las sementeras, volviesen a poblar la ciudad, so pena de confiscación de bienes” (1996:24)

Gobernador de Chile Tomás Martín de Poveda en 1691 cuando se realiza el trazado urbano y poblamiento definitivo de la ciudad con centro en la Plaza Mayor (actual Plaza Independencia) y en cuadrícula siguiendo la traza característica de la época de la Colonia.

La ciudad estaba dispuesta en las cercanías de las barrancas del río Chorrillos ocupando cinco manzanas por lado en el perímetro que encierran las actuales calles Balcarce, General Paz, Pringles y Mitre. Su forma era alargada “porque alargada era también la forma de El Bajo donde había nacido la ciudad” (Menéndez- 2009). Esta franja de tierra muy fértil comenzaba en las cercanías del actual Dique Chico siguiendo en dirección SSO hacia las cercanías de la actual Plaza Independencia.

En los alrededores de la Plaza Mayor se demarcaron y repartieron los lotes y solares: la manzana oriental se entregó para la Iglesia Matriz; la manzana occidental fue ocupada por el edificio del Cabildo y su cárcel y algunas familias descendientes de los españoles fundadores; la manzana norte se entregó a particulares pertenecientes a la elite chilena y luego fue ocupada por la Compañía de Jesús; la manzana sur fue asignada a la orden Dominicana o de Predicadores en cuyo convento funcionó la primera escuela de San Luis. Según Menéndez, “las demás manzanas se repartieron en solares de media manzana y se entregaron a las familias que vivían en las sierras” (2013:21). El solar para el Hospital y el cuartel se reservaron fuera de este trazado, en la manzana que rodean las actuales calles San Martín, Junín, Chacabuco y Pringles (Menéndez, 2011:5).



Fuente: Contenidos digitales - Historia de San Luis. Universidad de La Punta

La Plaza Mayor era el centro de la vida pública de la ciudad colonial pues en sus alrededores se ubicaban los edificios de mayor relevancia administrativa y religiosa. Era escenario de fiestas, tertulias y procesiones religiosas que, partiendo de la puerta de la Iglesia Matriz la circundaban "(...) en estas ocasiones, sobre todo en Semana Santa, se realizaban multitudinarias procesiones que recorrían su perímetro el que se iluminaba con centenares o miles de velas; en otras ceremonias se recordaba a su Santo Patrono San Luis Rey de Francia y todos los varones mayores de edad debían obligatoriamente acompañar a caballo la imagen de bulto del santo; en tiempos difíciles, de gran seca, se marchaba rogando la lluvia benéfica" (Menéndez, 2013:22)

Entre los pobladores de la ciudad se encontraban los descendientes de españoles, muchos de ellos nacidos en América que eran nombrados con el título de "don" o "doña",

también mestizos, indios, mulatos y negros libres⁷. Hacia 1740, según un censo realizado, la ciudad tenía 38 vecinos y moradores, la mayoría de ellos dedicados a la actividad agrícola y una minoría realizaba actividades relacionadas al comercio –pulperías- o tareas de servicio en las casas de los “españoles” o “vecinos”⁸.

Las influencias estéticas de Chile, tal como describe Cicerchia (2006) determinaron una construcción pobre siendo los materiales más utilizados a ambos lados de la cordillera, el adobe, la piedra y el ladrillo. La falta de madera y teja en Cuyo se suplía en San Luis con los techos de totora, paja brava y pasto puna. Esto puede confirmarse a partir de algunos relatos de viajeros en los que “(...) se hablaba de un San Luis modesto y rectangular, con una plaza triste, la pequeña prisión, el cabildo y un fuerte rudimentario. En el entorno, casas de adobe sin revocar con jardines y huertos cercados por tapias. Una de las ciudades más pobres de América del Sur” (Cicerchia, 2006: 37). En el año 1752 el comisionado de la Junta de Poblaciones de Chile Dr. Blanco de Laycequilla relata que *“esta ciudad tiene más de 150 años de fundación y parece un desierto, sin cárceles, casas de Cabildo, ni ninguna obra pública y muy pocas pajizas habitaciones de particulares”* (Gez, 1996:37). Similar imagen de la ciudad y de sus habitantes muestra el informe confeccionado por Sobremonte hacia 1785 que describe su *“aspecto pobrísimo con casas de barro y*

7 “En la sociedad colonial el color de la piel era una fuente de gran desigualdad ya que el origen étnico determinaba el estatus jurídico de un individuo: blancos, indios, negros y los diversos productos del mestizaje poseían sus propias leyes, que establecían derechos y obligaciones diferentes. (...) Los múltiples cruzamientos entre blancos, indígenas, negros y los diversos grupos mestizos produjeron una amplia variedad de combinaciones (...) conformando lo que se denominó sociedad de castas. (...) Precisamente, ante la inmensa variedad y la dificultad que implicaba reconocer el origen de cada quien, cuando se hacía necesario clasificar (...) todos aquellos que no pertenecían a los tres grandes grupos -blancos, indios y negros- eran catalogados como castas”. (Cristófori, 2010: 96-97)

8 Vecino: “(...) requisito que implicaba poder demostrar, por lo menos, cinco años de residencia en la ciudad y poseer una casa en el trazado urbano”. (Cristófori, 2010: 91)

cubiertas de paja". Este además describía que la principal ocupación de sus vecinos, que llegaban a 801 habitantes, era la de servir de peones en las carretas y en el tráfico de ganado, dedicándose las mujeres a la tejeduría de ponchos y frazadas que se vendían en Chile. (Pavón Pereyra y otros, 1993).

La principal actividad económica en la ciudad era cultivar y producir en las chacras ubicadas en las orillas del río Chorrillo, en el faldeo de la sierra o en la parte posterior de las viviendas ubicadas en los solares cercanos a la plaza. En ellas se sembraba trigo para poder fabricar luego el pan, también plantas frutales (higueras, duraznos) cuya producción luego se procesaba como frutos secos.

La historiadora Brisa Varela señala la existencia "de una estructuración social en la que se mantenía una estricta división sexual del trabajo" (1996:64). Las mujeres eran responsables de las tareas domésticas que incluía la preparación de alimentos y vestimenta de los miembros de la familia, además de compartir con el hombre el cuidado de las aves de corral y animales de chacra, preparación de huertas y sementeras (que incluía el acarreo de agua). Cuando el hombre se ausentaba por su inserción en tareas ganaderas, estos trabajos corrían por exclusiva cuenta de las mujeres. Otra tarea asignada a las mujeres era la realización de tejidos artesanales siendo común la presencia de un telar en cada casa. En muchas familias la jefatura estaba ocupada por una mujer, quien se hacía cargo de sus hijos, acompañadas por algún esclavo o persona acogida al grupo familiar.

La alimentación primordial de los habitantes de la ciudad se basaba en la carne y su abastecimiento -regulado por el Cabildo por considerarse bien común- estaba a cargo de habitantes que se dedicaban a la cría de ganado, entre ellos Luis Lucio Lucero. En

las primeras décadas del 1700, el Cabildo dictó una serie de normas en las que obligaba a establecer un matadero y que se garantizara una provisión adecuada de ganado -en cantidad y calidad- expedida a un precio acorde a las escasas posibilidades de los consumidores (López, 1983:43). Si bien el abastecimiento fue regular durante algunos años, hacia fines del siglo los pobladores de la ciudad llevaron a cabo una protesta a fin de que se multase al concesionario del momento, debido "(...) a la flacura de la carne en venta que en esa actitud atentaba contra el pueblo, en particular con el pobrerió que no tenía otros arbitrios (...)" (López, 1983:45).

Como otras ciudades de poca población, San Luis carecía de médicos y hasta cirujanos⁹. Si bien desde España se habían dictado una serie de leyes que regulaban el Protomedicato, éstas no tenían aplicación efectiva en la ciudad sobre todo por la ausencia de medios. Según relatos citados por Norberto López (1983) la atención a heridos o enfermos era realizada por algunos habitantes con ciertos conocimientos prácticos, algunos de los cuales practicaban el "oficio de cirugía". En este contexto, lo habitual entre los vecinos ante algunas dolencias era la concurrencia a la medicina popular o "curanderismo".

Tal como se explicó anteriormente, la ciudad se dispuso en las cercanías del río Chorrillos en las inmediaciones del Bajo, sitio de su primer establecimiento. En esta zona se construyó posteriormente "una red de canales sobre las tomas de vertientes que se encontraban en un lugar cercano al actual Dique Chico, dos canales principales repartían el agua bajando paralelos al borde de El Bajo" (Menéndez, 2011:5) de estos salían las acequias o *hijuelas* que regaban las chacras y quintas de

9 Veronelli (2004) "Los orígenes institucionales de la Salud Pública en la Argentina"

ambas bandas. En estas quintas y sementeras se sembraba trigo, maíz, vides, higueras y toda especie de árboles frutales siendo sus dueños los vecinos pertenecientes a la clase dirigente y a la curia.

Para aprovechar mejor el agua, en épocas posteriores a su trazado definitivo en 1691, el poblado tomó una forma alargada según describe Menéndez, “se dispone un ancho de siete manzanas (desde las actuales calles 25 de Mayo a Lavalle) para recibir el agua por igual. Más allá de la actual Lavalle estaba el bosque serrano; la ciudad era mucho más larga que ancha, y hacia el NE y el SO se extendía por varios kilómetros” (2009:281)

Esta forma se transformaba en un problema en épocas de sequía ya que los sembradíos del Bajo dejaban sin agua al resto a la mayor parte de la ciudad, lo que llevó a que, en reiteradas ocasiones, el Cabildo impidiera a los dueños de estas tierras sembrar aguas arriba imponiendo penas a quienes desobedecieran.

Hacia mediados de 1700 y ante los reclamos de los vecinos, se prohibió la siembra en “todo El Bajo a la parte de la naciente de ésta (ciudad), porque del todo no se pierda la corta agua que viene del ojo de ella, para su regadío, y a los interesados que tenían parte de tierras les dio (tierras) abajo (...)”¹⁰. Esta situación generó un largo conflicto que enfrentó a los vecinos de la ciudad pues se entendía que el uso del agua para el riego en las chacras “dañaban el bien público y el adelantamiento de la ciudad” (Menéndez, 2011:20). Tras la realización de un Cabildo Abierto en el que se discutió el problema, se eligieron alcaldes de aguas que tendrían como función verificar el reparto del agua en las manzanas del sur y del norte y la limpieza de las hijuelas y

10 Citado por Menéndez (2011)

acequias madres. Estas decisiones no frenaron el conflicto por el derecho a regar ya que, según documentos de época, persistió en los años subsiguientes debido a la falta de cumplimiento de las normas impuestas por parte de los vecinos propietarios.

Otra situación que acarrearba múltiples inconvenientes en la ciudad era el paso de arriás de carretas y boyadas que atravesaban por el centro de la Plaza destruyendo canales y puentes. Menéndez (2011) relata que la ciudad estaba atravesada por numerosos canales o acequias, pasando uno de ellos por cada línea de manzanas y atravesando las calles por debajo de puentes que cubrían un ancho de dos a tres metros por donde circulaban los vecinos. Cuando hacían su paso las tropas de animales o carretas arremetían por estos puentes deteriorando o rompiendo estas construcciones –que se supone de troncos de quebrachos o algarrobos cubiertos de retorta de barro- y obligando a la reparación de las calles del centro y alrededores de la Plaza Mayor.

Esto generó la necesidad de construir un estanque destinado a las tropas y ganados, lo que se hizo efectivo a propuesta del Cabildo y por disposición de Sobremonte, recién hacia 1785. Hacia estos años la ciudad de la Punta tenía “un ancho de ocho manzanas de las que las dos de abajo tenían agua permanente por estar allí la plaza y los edificios religiosos (entre Balcarce y 9 de julio actuales); en cambio las otras seis se dividían en dos grupos de tres (de 9 de julio a Pringles y de ésta a Lavalle actuales) que tenían agua tres días a la semana cada uno” (2011:43).

El lugar elegido para la construcción del Estanque de agua fue la llamada *Encrucijada de los caminos* (actuales San Martín y Bolívar) entre el *Camino Real al norte* (actual San Martín) y un callejón (actual Bolívar) que permitía pasar hacia el oeste sin

atravesar el centro de la ciudad y la zona de chacras, abarcando gran parte de la manzana demarcada por las calles anteriormente citadas y las actuales Chacabuco y Lavalle. Este Estanque, luego denominado *Plaza de las Tropas* “era un lugar amplio y cómodo para el establecimiento de las boyadas y los carreteros que, generalmente, descansaban varios días antes de reemprender los caminos de las travesías. Noches de luna, muchas veces, al borde de las aguas claras, que tenían canales permanentes de alimento y desagüe, con enjambres de pájaros y loros a sus orillas y una frondosa vegetación. Con cercanía al mínimo confort que podían brindar tiendas y boliches de la ciudad, fue refugio y morada transitoria de carreteros que al reparo de sus candelas despuntaban el vicio de las tonadas (...)” (Menéndez, 2011:44)

Su construcción resolvería uno de los problemas que acuciaban a la ciudad, aunque persistiría por mucho tiempo más la lucha por el uso del agua, sobre todo en las épocas de grandes sequías en las que quienes más sufrían eran los habitantes más pobres de la ciudad.

BIBLIOGRAFÍA

CICERCHIA, Ricardo (2006) Historia de la vida privada en la Argentina: Cuyo, entre el Atlántico y el Pacífico. Troquel. Buenos Aires.

CRISTÓFORI, Alejandro (2010) "Historia 2. América y Europa entre los siglos XV y XVIII. La Argentina: desde la Revolución de Mayo hasta mediados del siglo XIX". Editorial Aique. Buenos Aires.

DOMÍNGUEZ C., Francisco (1977) Actas de Fundación de Ciudades Hispanoamericanas. Revista de Historia de América, N° 83, Enero-Junio 1977, pp. 19-51.

GEZ, Juan W. (1997) Historia de la provincia de San Luis. Marzo S.A. San Luis.

HALPERIN DONGHI, Tulio (2004) Historia Contemporánea de América Latina. Alianza Editorial.

HARDOY, Jorge Enrique y MORSE, Richard (comp.) (1985) Cultura Urbana Latinoamericana. Colección Biblioteca de Ciencias Sociales. Colección Histórica. CLACSO.

LOPEZ, Norberto Aurelio (1983) Historia de la sanidad y la salubridad en San Luis. Talleres Gráficos U.N.S.L. San Luis

MENÉNDEZ, Néstor (2011) De las aguas turbias a las aguas claras. Conflictos sociales y políticos en el San Luis colonial. Inédito

MENÉNDEZ, Néstor (2009) De las aguas turbias a las aguas claras. Sobre la problemática territorial y social que dio origen al estanque real de la ciudad de San Luis. En Domeniconi, R.-Rinaldi, M.- de Dios, E. (compiladoras) "La Ciudad de San Luis durante los siglos XVIII. XIX y XX" Primera Edición. Universidad Nacional de San Luis, ISBN 978-950-609-071-5 (edición digital – CD)

MENÉNDEZ, Néstor (2013) Guía Histórica de San Luis. 1º ed. El Popular de San Luis. San Luis

PAVÓN PEREYRA, E.; Maqueda, L. (1993) San Luis, sus Hombres, su Historia, su Cultura. Gobierno de la provincia de San Luis. Ed.Ceyne S.R.L. Buenos Aires.

RINALDI, M. y otros (2010) Las Estaciones de Ferrocarril de la Ciudad Capital y su contexto. Tº I Memorias de San Luis. Entre 1880 y 1940 aproximadamente. Nueva Editorial Universitaria. San Luis.

VARELA, Brisa (1996) "Los flujos mercantiles de San Luis a Mendoza en la primera década del Siglo XIX. El papel de los textiles en la economía puntana" La Aljaba, segunda época. Vol. I.

VERONELLI (2004) "Los orígenes institucionales de la Salud Pública en la Argentina" Tomo I. OPS/OMS. Buenos Aires.

https://es.wikipedia.org/wiki/Plaza_mayor

<http://www.profesorenlinea.cl/chilehistoria/ColoniaGobAdminis.htm>

http://www7.uc.cl/sw_educ/historia/america/html/1_2_3.html

Primera Edición

Talleres Gráficos de
MiTo Estudio de Diseño
San Luis

Agosto 2021

Los integrantes del Proyecto de Investigación “Memorias y Prácticas Educativas: del saber construido sobre el pasado de la Ciudad de San Luis al material didáctico impreso”, de la FCH-UNSL, trabajamos en la construcción de conocimiento histórico de la Ciudad, combinando las perspectivas de la Memoria Colectiva y de la imaginación histórica. De este modo, pretendemos generar en los sujetos involucrados (niños, jóvenes y adultos) la empatía histórica.

La Memoria Colectiva no es única; en realidad, hay que hablar de Memorias Colectivas: muchas memorias según edades, género, clase social, nivel educativo, etc. de los sujetos... en este caso de los vecinos de San Luis. La imaginación histórica nos permite viajar en el tiempo, de forma creativa y situarnos en contextos de la época estudiada. La empatía histórica busca comprender las actitudes o motivaciones de los sujetos del pasado. Los sujetos que habitaron el pasado no sólo tenían diferentes formas de vida, también tenían experiencias, actuaban de acuerdo con diferentes normas y sistemas de creencias. El ejercicio de Imaginación histórica y de empatía histórica requiere la comprensión del contexto del pasado en el cual sucedieron los hechos, así como también de las actitudes de la gente que vivió en otros tiempos.

¡¡¡Que disfruten de este material!!!

